

de familia es semejante á un árbol robusto , que se agarra y arraiga en la tierra con muchas y profundas raices. El efecto del celibato , por el contrario , es disolver y aniquilar el interes público , reconcentrar al hombre en sí mismo , hacerle un egoista , é inspirarle una profunda indiferencia por los demas. El célibe vive el dia presente , y piensa poco en el de mañana : en una palabra , el soltero por lo comun es duro é insociable , porque su corazon no llega á enternecerse y penetrarse de los multiplicados afectos que causan los tiernos nombres de esposo y padre.

CAPITULO II.

Deberes de los Padres , de las Madres , y de los Hijos.

El principal objeto del matrimonio es procrear hijos que lleguen á ser algun dia miembros útiles á la sociedad , y consoladores y apoyos de sus padres. El amor de los padres y las madres á sus hijos es un afecto que se halla aun en los brutos mas indomésticos y fieros , á los cuales los vemos animados de la mas tierna solicitud por sus hijuelos : este afecto debe ser mas vivo todavía en el hombre , que ve en su descendencia á los cooperadores de sus trabajos , á unos amigos unidos con él por la conformidad de intereses , y á los apoyos de su vejez. Un

padre espera que los hijos , de quienes cuida ahora , le recompensarán algun dia sus cuidados y afanes ; en vez de que los brutos aman y cuidan á otros brutos incapaces de reconocimiento , que los abandonarán al punto que sus fuerzas les permitan vivir sin agenos socorros. De donde se infiere que los pádres tienen menos afectos ó instinto que los brutos si , habiendo dado el ser á sus hijos , descuidan ocuparse en su bienestar.

La existencia no es un bien si no es feliz ; la vida seria un don fatal si fuese de continuo miserable. No es , pues , por haber recibido la vida de sus padres por lo que un hijo les debe su reconocimiento ; esta vida puede ser solo efecto del placer sensual , ó de un ciego apetito , que únicamente se proponga el ser saciado y satisfecho : la ternura , la piedad filial , la gratitud de un hijo se fundan en el cuidado y desvelo de sus padres por su felicidad.

La autoridad paternal , fundada en la naturaleza y en las necesidades del hombre débil en su infancia , es muy justa , porque tiene por objeto la conservacion y la felicidad de quien , sin los socorros continuos de sus padres , se hallaria espanto á perecer á cada instante , y que por sí solo no podria librarse de los peligros que le rodean. El hombre al nacer , siendo de todos los animales el mas incapaz de defenderse y de procurar su sustento , se halla pendiente y necesitado de aquellos que , al darle la vida ,

se obligaron á conservársela , y á suministrarle los medios de satisfacer sus necesidades.

El infante , viniendo al mundo , se encuentra en sociedad con su padre y con su madre , de quienes , sin saberlo , recibe por mucho tiempo socorros y servicios gratuitos. Mucho despues llega á conocer las obligaciones que ha contraido con ellos , el reconocimiento que les debe , y el modo con que ha de pagarlos : y su razon , cuando con los años se aumenta , le muestra la necesidad de llenar sus deberes , ó de satisfacer sus deudas. La opinion pública , el temor de la ignominia , las nociones de la virtud , y el hábito de obedecer á sus padres , le indican y hacen fácil la conducta que está obligado á seguir , y confirman en él los afectos que debe á los que , piadosos y benéficos , se han ocupado constantemente en hacerle feliz. De este modo todo conspira á grabar en los corazones la *piEDAD filial* , esto es aquella ternura obediente , tímida y respetuosa que los hijos bien educados se reconocen en obligacion de mostrar á sus padres , á cuyo amor nunca pueden mostrarse demasiadamente agradecidos. En fin , los hijos deben pensar que llegarán á ser padres algun dia , y que para adquirir derechos al cariño y reconocimiento de su descendencia , deben manifestar estos mismos afectos á los autores de su ser. *Espera de tu hijo* , dice Thales , *lo mismo que has hecho con tu padre.*

La ternura paternal , ó el amor de los padres

á sus hijos , está fundado ademas en motivos justos y racionales , y no , como se ha creido vulgarmente , en una pretendida *fuerza de la sangre* , ó en una simpatía oculta que la ignorancia ha inventado á su antojo : este amor tiene por base la esperanza de encontrar algun dia en los hijos , quien , conociendo los desvelos y socorros que han recibido de ellos , les acrediten en retorno una respetuosa aficion , un zelo á toda prueba , y unos cuidados ardientes y continuos. Por otra parte , el amor propio de un padre se gloria de haber producido , por decirlo así , otro *el mismo* , y de haber dado la existencia á una criatura que perpetuará su nombre , que renovará su memoria , y que le representará en la sociedad. Esta es evidentemente la causa de las pesadumbres que padecen los grandes de la tierra cuando no logran sucesion ; porque temen que sin ella queden sus nombres olvidados , así como se imaginan perpetuar su propia existencia , é inmortalizarse dejando hijos á su muerte. De este modo la imaginacion de los hombres , anticipando lo futuro , les hace gozar de antemano , y tener presente lo que pasará en el mundo cuando ellos no sean ya mas que polvo y nada.

En fuerza de esto , los padres forman frecuentemente proyectos para sus descendientes , establecen los fundamentos de su grandeza , tratan de su fortuna , arreglan su suerte y destino por medio de sus testamentos , y á veces

37203

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

hacen unos sacrificios reales y penosos á la idea de la felicidad de su generacion, sin embargo que saben que ellos no la presenciarn. Todo hombre se figura ver hoy lo que pasará despues de su muerte; la imaginacion llega á veces á crear-nos quimeras, en las que nos fijamos aun mas que en las realidades; mas las que produce la ternura paternal son útiles á la sociedad, pues que por ellas un buen padre se priva de mil goces y placeres, con la idea de que los disfruten unos hijos que todavía no existen. ¿Que vendrian á ser las familias, si el espíritu de cada ciudadano se encerrase en los límites de su existencia presente, sin pensar nunca en lo futuro? Los padres sin prevision, ó que, para satisfacer sus pasiones y placeres, descuidan lo que deben á su descendencia, son justamente vituperados de sus contemporáneos. El hombre, que solo piensa en sí y para sí, es mirado como un mal padre y un mal ciudadano.

Sin embargo es preciso convenir en que el cuidado de lo futuro, cierto ó figurado, hace muchas veces á los padres injustos y crueles con sus hijos. Un padre avaro no quiere desprenderse de nada mientras vive; y bajo el pretexto del mayor bien de sus hijos, á quienes dejará sus tesoros, les rehusa frecuentemente hasta lo mas preciso. El avaro solo es bueno despues de muerto, mas en vida es aborrecido. Un padre de talento, prudente y pródigo se abstiene de entregar su fortuna á una juventud ardiente

y fogosa, que desconoce casi siempre las reglas de una sabia economia; ademas de que sabe que seria imprudencia desprenderse enteramente de todo, y constituirse en dependencia de los que justamente deben depender de él; pero si ama verdaderamente á sus hijos, un padre, encuan-to puede, los pone en estado de ser felices durante su vida, porque él mismo goza entonces del placer que les causa.

La moral en todos tiempos ha sido obscurecida con ideas falsas, y nociones vagas, confusas y destituidas de esperiencia: la ternura paternal y la piedad filial se han considerado como unos afectos *innatos* que los hombres sacaban al nacer, y que eran inherentes á la sangre. Pero la mas ligera reflexion hubiera debido desengañar á los hombres de esta preocupacion tan lisonjera. Un padre se ama en sí propio en su hijo, y ama á un ser de quien espera contento, placer y socorros. Un hijo bien educado ama á su padre, porque ve en él á su mayor y mas seguro amigo, al autor de su bienestar, y el origen de su felicidad. Estos afectos de parte de ambos se hacen habituales, y pasan entonces por efectos del *instinto* ó de la naturaleza. Mas sin embargo estos afectos no se encuentran en las naciones corrompidas, y en las familias mal reguladas.

En vano seria esperar de la naturaleza, del instinto ó de la fuerza de la sangre, unos afectos que los desvelos y la ternura de los padres

no hubiesen sembrado y cultivado en los corazones de los hijos. No basta el ser padre para excitar en ellos el cariño y la recompensa que el derecho de padre debe prometerse y esperar. Para ser amado es menester hacerse amable; esta es una ley de la que no puede eximirse hombre alguno. La existencia, como acabamos de decir, no es un bien por sí sola, sino por las ventajas que trae consigo. Los padres han recibido de la naturaleza una autoridad legítima sobre sus hijos; mas ninguna autoridad sobre la tierra da el derecho de dañar ó de hacer infelices y desgraciados: toda dependencia, toda sumision no puede tener otro motivo que el bien que resulta de la autoridad que manda; el título de padre no puede dispensar de esta ley natural y primitiva. Un padre que abusa de su poder, que no muestra ni amor ni cuidados á sus hijos, que por el contrario ejerce sobre ellos un imperio injusto, que se opone á su felicidad, que descuida y desatiende el proporcionarles todo el bienestar y la dicha posibles, se hace indigno del nombre de padre, y no debe prometerse encontrar en sus hijos afectos de un sincero amor, precio solo de la bondad y del cariño. La piedad filial no puede fundarse sino en la ternura paternal; estos sentimientos naturales desaparecen luego que carecen de apoyo, porque la ley de la naturaleza quiere que el hombre solamente ame y se incline á lo que contribuye á su felicidad, á la que su naturaleza le dirige incesantemente.

¿ Cuantos padres vemos transformados en tiranos, que no miran á sus hijos sino como á unos esclavos destinados por la naturaleza á sujetarse en todo y por todo á sus despóticos caprichos? Estos insensatos se imaginan que por haber dado la vida á unos hijos á quienes deben amar, han adquirido el derecho de hacer de ellos unos juguetes de su mal humor y de sus ridículas arbitrariedades. El nombre de padre, que encierra la idea de cariño y del mas tierno interes, ¿ debe acaso ofrecer á los hijos la idea de un amo tiránico y cruel, de cuyos golpes y malos tratamientos no tengan derecho á defenderse? ¿ Puedeseles dar el nombre de padres á esos ambiciosos (1), injustos con sus hijos, que los sacrifican cruelmente á la fortuna de un primogénito, socolor de que este se encarga de mantener en el mundo el esplendor de su familia? ¿ Hay una barbaridad mas feroz que la de esos indignos padres que, para mejor dotar á una hija, seducen y fuerzan á su hermana á que ella misma se condene á una prision perpetua, que dia y no-

(1) Todo hombre que no esté ofuscado con sus preocupaciones, forzosamente ha de conocer la perversidad de las leyes y los usos de aquellos países, donde, por favorecer la necia vanidad de algunos nobles, el hijo mayor se carga solo con todos los bienes de la familia, dejando á los demas hermanos y hermanas en la miseria y la indigencia. ¿ No es vergonzoso que en las naciones que se llaman civilizadas, la legislacion autorice unas costumbres tan locas y desnaturalizadas? ¿ Tendrán algunas obligaciones de amor y gratitud con sus padres unos hijos desheredados por la ley?

che regará por toda la vida con sus lágrimas? Los hombres de este horrible y afrentoso caracter no pueden llamarse padres, ni merecen el título de hombres, y las leyes debieran sustraer á sus desventurados hijos de una autoridad de que abusan tan detestablemente.

En el establecimiento de los hijos es en lo que ostentan toda su crueldad los padres injustos: guiados comunmente de una sórdida avaricia, ó de una loca vanidad, nunca los vemos consultar para nada las inclinaciones de sus hijos. En el capítulo anterior hemos observado las deplorables consecuencias de los matrimonios que solo forma el interes, del cual son víctimas los mismos esposos; mas donde se ve sobresalir la dureza de los padres, es cuando sus hijos, casualmente seducidos del amor, tienen la desgracia de contraer un enlace contra su voluntad: entonces implacables estos padres rara vez perdonan el menosprecio de su autoridad; en lugar de tranquilizarse con el tiempo, y de olvidar unas faltas ya irremediabiles, los vemos con frecuencia llevar su horrible venganza mas allá del sepulcro, y por medio de inhumanas desheredaciones sacrificar su propia sangre á la desesperacion y á la miseria.

¿Deberá cerrarse para siempre á la piedad el corazon de un padre? Solo el vicio incorregible, ó el crimen inveterado, pueden autorizar la parcialidad con sus hijos; si es el autor de sus dias, debe hacerlos á todos felices. Como juez

de su familia debe ser justo, recto é imparcial. La deformidad corporal ¿es acaso una razon para aborrecer á un hijo, que por lo mismo es un objeto digno de compasion? ¿Que corazones tendrán algunos padres que, porque un hijo es desgraciado se complacen en hacerle sentir todavia mas el peso de su miseria? Un hijo contrahecho ó imperfecto merece lástima, y por lo mismo su talento debe ser cultivado con mas esmero y cuidado, para reparar la desgracia ó el capricho de su suerte (1).

Y ¿que diremos de la debilidad de aquellos padres que solo ven en sus hijos unos herederos de sus bienes, cuya importuna presencia les recuerda de continuo que se han de morir? Mas estos hombres que tanto temen la muerte, ¿dejarian de morirse sino tuvieran hijos ó herederos? *Los hombres*, dice Homero, *se suceden unos á otros como las hojas en los árboles* (2).

(1) Se cuenta de un Magistrado de Francia, que desheredó á se hija en su testamento solamente porque era fea; bien que este testamento fue anulado por sentencia del Parlamento de Paris.

(2) Montaigne dice con mucha razon hablando de los hijos: « La envidia que nos causa el verlos lucir y gozar del mundo, cuando nosotros estamos ya para dejarle, como que nos hace mas ahorrativos y avaros con ellos. Nos affige el que no vengan empujando para salir de este mundo; mas si esto nos molesta y entristece, siendo así que el orden de las cosas pide que ellos no puedan verdaderamente ser ni vivir sino á costa de nuestro ser y nuestra vida, nosotros en este caso debemos abstenernos de ser padres ». Mas adelante dice: « Es una injusticia el ver que un padre viejo, cascado y

La avaricia y la prodigalidad tanto una como otra ahogan en las almas los afectos del amor paternal. En las naciones corrompidas con el lujo, con la vanidad, con el deseo de lucir y ostentar, y sobre todo con el contagio del vicio ¿puede darse el nombre respetable de padre á hombres frívolos, disipados y corrompidos, que todo lo prodigan á sus vergonzosos placeres, y que, ocupados en satisfacer sus extravagantes ó criminales caprichos, nada hacen por sus hijos, que miran como una pesada carga? Estos ciegos, á quienes sus desórdenes y locuras hacen enemigos de su propia sangre ¿se lisongean por ventura que malgastando sus riquezas con los estraños, los desconocidos, los parásitos y las malas mugeres, se granjearán en ellos unos amigos mas verdaderos y constantes que en sus propios hijos á quienes la naturaleza los une con unos vínculos tan sagrados? Unas personas estrañas y desconocidas ¿vendrán por fortuna en su vejez, ó en sus enfermedades á consolar y asistir á estos padres, que no han procurado cultivar unos amigos tiernos y domésticos en sus hijos? Pero la vanidad y el lujo sofocan de tal modo en los corazones los afectos mas naturales, que la muger propia, los hijos y los parientes de un libertino están á mayor distancia de su corazón

* cadavérico goce solo en el rincón de su hogar de unos bienes
 * que bastarian para mantener y fomentar á muchos hijos »
Essais lib. 2. cap. 8.

que

que los desconocidos, los aduladores y las mugeres corrompidas, que jamas les servirán de nada.

En vista de una conducta tan cruel y tan contraria al cariño paternal, no debemos admirarnos de que el amor de los hijos á sus padres sea tan raro, ni de que en muchas naciones parezca un fenómeno. Los padres malos y crueles ejercen una autoridad irritante sobre unos infelices y desventurados, que por lo comun solo ven en los autores de sus dias unos tiranos, á quienes el decoro les obliga á ocultar su odio, ó unos hombres despreciables, que con su vida ponen largos obstáculos á los placeres y desórdenes que estos hijos querrian imitar. Los padres viciosos comunican sus vicios á los hijos, haciéndoles desear con ardor é impaciencia el tiempo en que pueden libremente entregarse á los mismos desarreglos que han visto practicar: los padres insensibles y crueles ¿podrán prometerse de sus hijos los afectos que ellos no les han inspirado, ó que han sofocado en sus corazones?

Los malos padres no sufren el que sus hijos los imiten. *Los que reprenden á sus hijos*, dice Plutarco, *por las faltas que ellos mismos cometen, no ven sin duda que en las personas de sus hijos se condenan á sí propios* (1). En efecto, los hijos consideran como bueno todo lo que ven prac-

(1) Plutarco en su tratado de la educacion de los hijos. 13.

ticar á sus padres , y los quieren imitar á pesar de sus prohibiciones y mandatos. Jamas se les persuadirá que no se encuentra placer en las acciones que ven ejecutar á sus padres ó á sus maestros ; las prohibiciones y preceptos no hacen entonces sino irritar su curiosidad , y hacerles desear el tiempo en que puedan practicar sin estorbos los ejemplos que han recibido en casa de sus padres. Por esto dice con mucha razon Juvenal , *que se debe mucho respeto á la infancia* (1). No ejecutando delante de los hijos sino cosas laudables , es como se los hace virtuosos ; y no alabando en su presencia sino las acciones verdaderamente apreciables , es como se les inspira el gusto de lo bueno y de lo bello.

El que quiere merecer el nombre de padre , y gozar de las prerogativas propias de este título respetable , debe llenar con esmero las obligaciones de su estado. Un buen padre ama á sus hijos ; procura grangearse su cariño y amistad ; desea complacerlos ; teme perder su ternura y sofocar su reconocimiento con injustos y crueles rigores ; se arma de paciencia , porque sabe que una edad privada de razon y de esperiencia es mas digna de piedad y de indulgencia que de ira y de castigo ; no condena en su hijo los placeres y los juegos inocentes , que serian intempestivos y ridículos en la edad de un padre ; y solo si le reprende y condena aquellos placeres

(1) *Maxima debetur puero reverentia.* Satyr. vers. 47.

peligrosos que corromperian su corazon y su entendimiento. Los hijos , sin juicio todavia , mirarán quizá estos obstáculos como una tiranía , y su falta de razon y esperiencia los indignará contra un yugo incómodo á sus ciegos deseos ; mas llegados á la edad de la madurez y de la reflexion , algun dia sin duda agradecerán la justa inflexibilidad que se oponia con prudencia á sus antojos y locuras.

No es , pues , una ciega indulgencia , y por lo tanto cruel y peligrosa , la que constituye la verdadera bondad de un padre , sino una indulgencia prudente y racional. Los padres demasiado fáciles no son buenos , sino débiles ; esta debilidad , que los ciega para no ver los vicios de sus hijos , hace de estos unos seres incómodos y dañosos tanto á los mismos padres como á la sociedad. Un buen padre es aquel que , siendo indulgente con las faltas inseparables de una edad sin juicio y sin prudencia , se arma de su autoridad , y emplea , si es menester , el rigor del castigo para reprimir las disposiciones criminales del corazon , para domar las pasiones insociables , y para contener y corregir las inclinaciones que , hechas habituales , harian algun dia á su hijo odioso en el mundo , y por lo mismo mísero é infeliz.

Mas el rigor injusto y fuera de tiempo solo hace esclavos cobardes ó rebeldes. Todo padre , guiado de la razon , debe mostrársela á sus hijos , y obligarles á conocer que si se

repugna y resiste á sus deseos, es con justicia. Un gobierno arbitrario ó tiránico produce proporcionalmente en las familias los mismos inconvenientes y perjuicios que en las grandes sociedades: un padre de familia que quiere reinar despóticamente sobre los suyos, y gobernarlos con terror, jamas logrará el afecto de sus súbditos. Los padres tienen la locura de exigir que sus hijos, en una tierna edad, tengan las mismas ideas, las mismas inclinaciones los mismos gustos que ellos. Mas debe ser bastante raro que los hijos tengan las inclinaciones de su padres, porque estos, regularmente, haciéndoles sufrir mucho y padecer para inspirarles sus mismas ideas, no hacen en realidad sino disgustarlos y hacérselas odiosas.

¡ Que cosa mas ridícula que el vano orgullo de aquellos padres que se hacen inaccesibles á sus hijos, que siempre les muestran un rostro airado y severo, y que jamas los estrechan en su seno! El buen padre vive en medio de sus hijos, y se presta á sus juegos inocentes; les hace contraer la costumbre de vivir con él en justa confianza; recompensa con sus tiernas caricias los esfuerzos que hacen por complacerle; sabe que su ternura es el móvil mas poderoso para excitar al bien á unos espíritus flexibles, á quienes una severidad habitual haria duros y rebeldes; no teme que una familiaridad prudente y circunspecta, le haga perder sus derechos ó su autoridad; conoce que esta nunca es mas

segura y mas fielmente obedecida que cuando es justa y fundada en el amor y la ternura: en fin, se abstiene de aquellos modales rígidos y groseros, que llegan á ser inhumanos, cuando se ejercen fuera de tiempo con aquellos á quienes es prohibida toda defensa. El padre que apoca y envilece el ánimo de sus hijos, no puede lisonjearse que formará de ellos unos hombres de bien; los hará sí, falsos, disimulados y mentirosos, que tendrán todos los vicios de los mas bajos criados ó de los mas viles esclavos. Un buen padre debe tratar á sus hijos como amigos, consultar su delicadeza, y temer no se relaje el vigor de sus almas: nada bueno puede esperarse de unos corazones envilecidos. El derecho de padre no da el derecho para contristar y afligir importuna é indebidamente á los que quiere corregir. ¡ Cuantos padres hay tan injustos que fatigan y maltratan á sus hijos con ultrages, para castigarlos despues por su cólera y soberbia! En fin, ¡ cuantos padres vemos mas imprudentes y faltos de razon que sus mismos hijos, siendo así que ellos debieran enseñarlos á refrenar y contener sus pasiones!

Si la autoridad paternal, por respetable que sea, no da nunca derecho de ser injusto, tampoco debe ser obedecida cuando exige cosas contrarias á la virtud. El padre de Agesilas, rey de Esparta, solicitando de su hijo el que juzgase contra las leyes, ¡ *ó padre mio!* le res-

pondió, *tú me has dicho en mi juventud que obedeciése á las leyes; quiero, pues, al presente obedecerte, no juzgando contra ellas* (2).

Una buena educacion es el mas importante de los deberes que la moral impone á los padres por su propia felicidad, por la de sus hijos, y por el bien general de la sociedad. Por medio solamente de una buena educacion pueden prometerse los padres formar unos dóciles ciudadanos que sean algun dia útiles al estado. Si las ocupaciones indispensables, ó una incapacidad absoluta impiden muchas veces á los padres y madres cultivar convenientemente el entendimiento de sus hijos, nada podrá dispensarles de que á lo menos velen sobre la educacion que les hagan dar, de que cuiden de sus costumbres, y de que les inspiren el amor á la virtud. Si los talentos necesarios para enseñar las ciencias sublimes y difíciles están reservados á muy pocas personas, todo hombre de bien y experimentado está en disposicion de enseñar á su hijo los deberes de la honestidad, de la buena crianza, de la probidad, de la justicia y de la humanidad: los padres virtuosos pueden con su ejemplo, mas que con lecciones, indicar á sus hijos el camino de la virtud, la sola que puede hacerlos apreciables; y enseñarlos á que sepan hacer un buen uso tanto

(1) Plutarcó, *De la mala vergüenza*.

de los talentos del alma como de los dones de la fortuna (1).

Por una convencion tácita de la sociedad, los padres son responsables de los vicios y delitos de sus hijos, lo mismo que los hijos sufren muchas veces la pena de las iniquidades de sus padres. La opinion pública, que degrada y condena á una especie de ignominia al padre de un hijo culpable, parece que supone que este hijo no se hubiera entregado al crimen, ni se hubiera hecho merecedor del castigo impuesto por las leyes, si hubiese recibido de su padre una recta educacion y unos buenos ejemplos. Castigando al hijo por los delitos de su padre parece que con esto indica la sociedad la justa desconfianza que se debe tener en el hijo, á quien su padre no ha podido inspirar dignos sentimientos. He aquí como las preocupaciones, por lo comun injustas en sus efectos, tienen sin embargo algunas veces fundamentos razonables. La esperiencia nos muestra á pesar de esto, que los padres mas virtuosos y justos suelen tener hijos monstruosos en los vicios; y que un hijo digno de aprecio y estimacion puede tener un padre despreciable; mas el público, que rara vez se toma el trabajo de profundizar las cosas, condena indistintamente á

(1) « El ejemplo, dice un Moralista moderno, es un cuadro vivo que pinta la virtud en accion, y que comunica la idea que la mueve á todos los corazones que le miran ». *Les Mœurs*, part. 2. cap. 1. art. 3. §. 1.

los padres y á los hijos que son conocidos por sus crímenes; bástale saber en lo general que los padres negligentes ó malvados crian por lo comun hijos perversos, y que estos, ordinariamente, han aprendido desde niños la doctrina de sus padres. El hijo de un juez avaro, de un usurero, de un hombre malvado, tiene que avergonzarse de haber nacido de semejante padre. Para los hijos virtuosos es una herencia fatal los delitos é infamia de sus padres.

Nada es, pues, mas interesante á los padres que ofrecer á sus hijos ejemplos virtuosos, y habituarlos desde muy temprano á seguirlos y practicarlos. Una buena educacion es la mejor herencia que uno puede dejar á sus hijos; ella repara á veces la ruina del caudal, y otras es poderosa á borrar de la memoria de los hombres las iniquidades de los padres.

Una educacion virtuosa es la que principalmente hace á los padres merecedores del reconocimiento, del amor, del cariño y de los ardientes desvelos de sus hijos (1). Formados estos por los preceptos de una buena moral, reconocerán lo que deben á unos padres que despues de haberlos dado la existencia, se han ocupado amorosa y tiernamente en conservarlos la vida. Sabrán venerar á la que los ha llevado

(1) Solon mandó por una ley que un hijo no estuviese obligado á mantener á su padre en la vejez, si este padre, teniendo medios para haberle enseñado un oficio, habia descuidado esta obligacion.

en su seno, los ha criado á sus pechos, ó al menos ha mostrado la mas tierna solicitud en librarlos de peligros y de enfermedades; que poco á poco los ha enseñado á espresar sus deseos; que ha soportado la debilidad y molestias de su edad imbecil; conocerán que estos cuidados continuos multiplicados y penosos no llegan nunca jamas á ser pagados y satisfechos aun con el mayor reconocimiento, con la mayor sumision, con el cariño mas íntimo y permanente, ni con el mas profundo respeto. En fin, todo los convencerá que los justos sentimientos de un rendimiento y gratitud sin límites no deben borrarse jamas, ni por las molestas genialidades, ni por las enfermedades largas, ni por las debilidades ó flaquezas de la edad de los padres.

Esta moral les hará ver tambien el respeto y amor que ellos deben igualmente á un padre vigilante y benéfico, que ha trabajado con el mayor cuidado en grangearles ó conservarles su fortuna ó los talentos necesarios para subsistir con honor, y ocupar un estado y lugar apreciables en la sociedad. Se gloriarán de ser descendientes de un padre estimado de sus conciudadanos; se lisonjearán de haber recibido de él la existencia, y tambien la educacion y los talentos con que procuró cultivar y adornar su espíritu; el dulce nombre de un padre amable por su bondad, respetable por sus conocimientos y virtudes, y querido por sus bene-

ficios, excitará siempre en sus almas justas y sensibles un enternecimiento que enfrene los deseos de un sórdido interes. ¡Un hijo bien educado puede ser tan estremadamente codicioso que desee la muerte de un padre, á quien es imposible deje de mirar como á su mas grande bienhechor, y como á su mas sincero amigo! Sentimientos tan bajos y crueles solamente son propios de las almas depravadas de aquellos hijos corrompidos, cuyos vicios insaciables necesitan de la muerte de un Padre para entregarse á ellos libremente (1). Tan indignos votos solo pueden formarlos unos esclavos irritados por la tiranía, ó unos hijos descuidados ó abandonados por unos padres viciosos y desarreglados. Nunca tendrán cabida semejantes deseos en el corazon de un hijo virtuoso, ó á lo menos se verán sofocados muy prontamente en él: la educacion, la moral y la opinion pública siempre favorable á los padres, unánimemente le harán conocer que un padre el mas injusto, el mas molesto, el mas enfadoso, es sin embargo padre, es el autor de sus dias, y siempre tiene momentos felices en que su ternura se manifiesta; si su alma ulcerada con los malos tratamientos no le permite experimentar un cariño sincero y verdadero, le respetará por lo menos;

(1) Un hijo de esta calaña, señalando un dia á su padre, les decia á sus camaradas: *¿Veis allí aquel picaro? Pues él retiene mucho tiempo hace mi fortuna y mis bienes, de los que yo sabria usar provechosamente si euanto antes me dejase en paz.*

temerá deshonorarse con procedimientos que le atraerian el vituperio de la sociedad; y su deber y su merecimiento consistirá en saber perdonar los duros tratamientos que recibe de una mano respetable; sufrirá en silencio los males que no puede remediar; se someterá con valor al destino rigoroso que le hace por un tiempo infeliz y desgraciado; en fin, se lisonjeará de los triunfos reiterados que la virtud le hará conseguir contra los impulsos repentinos de que se sienta agitado, sacrificándolos á sus forzosos deberes. ¿Hay cosa mas noble ni mas grande que el perdonar las injurias de un padre? ¿Hay prenda que haga á un hijo bien educado mas digno de los aplausos de su propia conciencia, que el saber vencer los ímpetus de un corazon solicitado por todas partes á la venganza? A demas, ¿podria serle nunca agradable esta venganza, cuando siempre seria condenada por la sociedad entera? Un hijo infeliz y desgraciado por la injusticia de su padre, es como el ciudadano infeliz y desgraciado por la tiranía de su Rey; ni al uno ni al otro le es permitido hacerse justicia por sí mismo y violar con su cólera y venganza los derechos de la sociedad. *La sumision de los hijos á sus padres*, dice Adison, *es la base de todo gobierno, y la medida de la que el ciudadano debe á sus superiores: ¿á quien obedecerá el que desobedece á su Padre (1)?*

(1) *Mentor moderno.*

Así que la sana política, siempre de acuerdo con la sana moral, prescribe que los hijos estén sometidos á sus padres; esto exige el interes de las sociedades, lo mismo que el interes de las familias; cada padre de familia es un Rey en la suya; mas jamas le es permitido hacerse en ella un tirano. El gobierno de los Chinos ha tomado la autoridad paternal por modelo de la suya; pero, á ejemplo de las leyes romanas, da con la mayor injusticia á los padres el derecho de vida y muerte sobre sus hijos; por los mismos principios el gobierno Chino es arbitrario y despótico, y produce tiranos con frecuencia. Las leyes mas racionales fundadas en una moral sabia, no consienten ni á los soberanos ni á los padres el ejercer la tiranía; conceden á los pueblos el reclamar contra la tiranía del padre de los pueblos; y prohíben al padre de familia usar de su poder de un modo injusto y cruel; mas tambien ordenan á los hijos sufrir las injusticias de sus padres (1).

(1) Las leyes de la China, favoreciendo la autoridad paternal, y haciéndola en todo sagrada, han remediado de algun modo el despotismo del gobierno. A pesar de este despotismo, la China, segun dicen, se halla muy poblada, porque cada uno tiene el mayor interes en llegar á ser padre de familia ó Rey en su casa. Por el contrario, en las naciones Europeas no es tan grande la subordinacion de los hijos á los padres, cuando aquellos ya no dependen de estos por los vinculos del interes y de la fortuna. Entre los Grandes, sobre todo, los padres y los hijos se comportan como estraños que nada tienen de comun entre si; los hijos pleitean indecorosamente contra los padres, tratándolos con todo rigor. Unos seres insensibles y desmorali-

Estos son los principios y los deberes que la moral enseña á los padres; estos los preceptos que da á los hijos: preceptos que una educacion virtuosa debe inculcarles para hacérselos familiares. Si estos principios se ven á menudo olvidados ó desconocidos, es á causa de que los padres negligentes, disipados ó perversos son incapaces de inspirar á sus hijos unos sentimientos virtuosos; es porque frecuentemente los padres injustos solo tratan de imprimir el odio y el aborrecimiento en unas almas en las cuales debieran por el contrario establecer y consolidar el respeto y el amor.

Son muy comunes las quejas de que los hijos no profesan á sus padres un cariño igual al que los padres tienen á sus hijos: el amor paternal, se dice comunmente, es superior á la piedad filial. Nada mas fácil que conocer y dar la razon de este fenómeno moral. Es raro, y casi imposible, el que un padre, aun el mas cariñoso, no haga sentir á veces el peso de su autoridad; la juventud, casi siempre inconsiderada, á cada paso precisa á un padre á que se acuerde de que él es el amo y señor; un padre se ve en necesidad de oponerse á los gustos, caprichos é inclinaciones de sus hijos; ya entonces estos

zados no temen deshonorarse en las naciones, donde el dinero todo lo hace perdonable, hasta la violacion de la ternura paternal y de la piedad filial. *Virtus post nummos* es la divisa de los paises donde el lujo ha erigido su trono sobre la ruina de las buenas costumbres.

no ven regularmente en él sino un maestro ó un censor ocupado en torcer y mortificar sus voluntades, y que pone trabas á su libertad; y, siendo el hombre tan amante de esta, la mas leve señal de dependencia ó subordinacion le irrita. La superioridad de un padre impone y disgusta casi siempre á su hijo; los beneficios mas grandes y mas reiterados apenas son capaces de contrabalancear en él su amor á la independencia, una de las pasiones mas fuertes del corazon humano. Por otro lado un buen padre es un bienhechor; y los beneficios solo hacen ingratos, á causa de la superioridad que dan á los que los dispensan sobre quienes los reciben. He aquí el porque los hijos son propensos á la ingratitud: y por lo que bien pronto la acreditan cuando la educacion no ha sabido en tiempo corregir los síntomas de este vicio odioso y criminal.

CAPITULO III.

De la Educacion.

HABIENDO probado que la educacion de los hijos es el deber mas importante de los padres y madres, detengámonos algun tanto sobre este objeto esencial. Hemos visto que la felicidad de los padres en la mayor parte depende necesariamente de los afectos que inspiran á sus hijos; por otro lado no hay duda en que nada es mas interesante á un ente sociable que poseer las cualidades y disposiciones que le hagan apreciable á los otros; en suma, toda sociedad exige que sus miembros contribuyan á su bienestar.

La *educacion* es el arte de modificar, de cultivar y de instruir á los hijos de modo que lleguen á ser hombres útiles y agradables á su familia y á su patria, y capaces de hacerse á sí mismo felices.

Es mucho mas fácil, dice Theognis, dar el ser á un hijo, que el darle una buena alma. Esto es, pues, lo que la educacion debe proponerse. Todo ha debido convencernos que el hombre al nacer, trae consigo al mundo la facultad de sentir las necesidades que por sí no puede satisfacer, y pasiones mas ó menos vivas segun la organizacion y el temperamento de que la natu-